

## LIBROS: MATERIAL ALTAMENTE INFLAMABLE

José María Matás

Poeta



Fotograma de la película *Fahrenheit 451*, Françoise Truffaut, 1966.

"Era un placer quemar"  
Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*

El siglo XX tuvo el dudoso honor de ver y padecer el ocaso de todas las utopías engendradas y ensayadas a veces por el ser humano desde la Antigüedad, lo que dio lugar al nacimiento de toda una literatura anti-utópica, heredera de una tradición decimonónica asentada sobre nombres como los de Julio Verne o H.G. Wells, pero formulada ahora en su versión más oscura y descarnada. También más claramente politizada. Zamiatin, Huxley y Orwell fueron durante la primera mitad de

la centuria, los principales representantes de este género, híbrido entre la novela de lo que más tarde sería llamado serie B y una literatura más profunda y que podríamos tildar como de corte existencialista.

La conversión del individuo en número, la sumersión de la persona en una masa innominada e indiferenciada de seres, la forzosa supresión de los estados "carenciales" (tristeza, soledad, angustia, duda...), el consumo como dogma, la libertad como fuente de desdicha, el dibujo más o menos tosco de sistemas políticos autoritarios de clara evocación socialista, y por supuesto, la aniquilación de la cultura escrita en beneficio de otra audiovisual en la que la televisión ejerce su implacable poder de seducción<sup>1</sup>, son algunos de los elementos

1. "El drama de la cultura de masas —señalaba en 1977 Umberto Eco— consiste en que el modelo de pausa [distracción] se transforma en norma, en sustitutivo de toda otra experiencia intelectual, en amodorramiento de la individualidad, en negación del problema, en rendirse al conformismo de los comportamientos, en el éxtasis pasivo exigido por una pedagogía paternalista que tiende a crear súbditos apartados".

que utilizan estos escritores para reproducir la realidad presente o venidera de la Humanidad. En todos se escenifica una lucha de determinados sujetos —pues aún existe una Resistencia intelectual— frente al pensamiento único que representa el Sistema. Y son precisamente estos marginados, estos inconformistas, estos angustiados y lúcidos

Así se inicia *Fahrenheit 451* ("temperatura a la que el papel de los libros se enciende y arde"), una novela en la que Bradbury, obsesionado con bibliotecas y llamas, traza nuevamente un paisaje distópico donde no existe la discrepancia y la felicidad es una obligación, sólo que ahora llevando hasta el primer plano de la trama la desaparición



Quema de libros en la Alemania del Nazismo.

representantes de una cultura en extinción, los que deberán oponer su estilo arcaico de vida —sustentado en los sentimientos, que permiten comportamientos como la monogamia, por ejemplo— al mundo feliz diseñado en los tubos de ensayo del porvenir.

En esta línea de presentar un futuro deshumanizado para el Hombre debemos encuadrar al escritor estadounidense Ray Bradbury, quien a mediados del pasado siglo forjaba una fábula en la que, sin renunciar en el fondo a los preceptos ya señalados, estructuraba su trama en torno a la existencia de un cuerpo de bomberos que tenía por misión quemar los libros para evitar que pudieran perturbar la ortodoxia del sistema.

"Era un placer quemar.

Era un placer especial ver las cosas devoradas, ver cosas ennegrecidas y cambiadas [...] Mientras los libros se elevaban en chispeantes torbellinos y se dispersaban en un viento oscurecido por la quemazón"<sup>2</sup>.

de la era de Gutenberg, sepultada bajo las hordas de cierta "cultura" de la imagen en la que prevalecen los valores de lo light, o lo que es lo mismo, la radical ausencia de valores.

"Debes comprender que nuestra civilización —le expone el capitán Beatty al atribulado protagonista—, tan vasta, no permite minorías. Pregunta tú mismo. ¿Qué queremos en este país por encima de todo? Ser felices, ¿no es verdad? ¿No lo has oído centenares de veces? "Quiero ser feliz", dicen todos. Bueno, ¿no lo son? ¿No los entretenemos, no les proporcionamos diversiones? Para eso vivimos, ¿no es así?, para el placer, para la excitación. Y debes admitir que nuestra cultura ofrece ambas cosas, y en abundancia."<sup>3</sup>.

Las sociedades que nos muestran estos autores —incluso la de 1984, a pesar de la desaparición de los regímenes socialistas en Europa— tienden a asemejarse en ocasiones, conforme más nos alejamos del tiempo de su escritu-

2. BRADBURY, Ray, *Fahrenheit 451* [traducción de Francisco Abelenda], Circulo de lectores, Barcelona, 2005, p. 13.

3. *Ibidem*, p. 68.



Las tablillas mesopotámicas también sufrieron la biblioclastia.

ra, a nuestras sociedades reales, las de verdad, las que viven fuera de las tapas de los libros. Pero al mismo tiempo, como en Huxley y en mayor medida, Orwell, la pesadilla en apariencia futurista de Bradbury, revela no ser más que el retrato, y bastante fiel, de numerosos episodios históricos acaecidos en el pasado, cuyo referente más cercano lo vivió el propio escritor en su país durante la etapa mccarthysta. Épocas de represión, de intolerancia, de dogmatismo, de libro único. *Hablamos ahora de la Historia Universal de la destrucción de los libros*, para seguir el título del libro de Fernando Báez, autor cuyo estudio sobre esta materia ha aportado no pocas sugerencias al responsable de estas líneas.

Báez traza en este meticuloso estudio un recorrido circular de miles de años por la historia de la biblioclastia<sup>4</sup> desde las primeras tablillas sumerias hasta la actual guerra de Irak. Y junto a un pormenorizado parte de incidencias (en el que los volúmenes destruidos llegan a contarse por millones) trata de profundizar en las causas que explican el fenómeno, que describen también al asesino de libros: "El destructor de libros es dogmático, porque se aferra a una concepción del

mundo uniforme, irrefutable, un absoluto de naturaleza autárquica, autofundante, autosuficiente, infinita, atemporal, simple y expresada como pura actualidad no corruptible. Ese absoluto implica una realidad absoluta. Se aprehende directamente por revelación"<sup>5</sup>.

Esto nos podría llevar a pensar que entre los biblioclastas no escasearán los poderosos, ni los líderes políticos o religiosos. Y estaremos en lo cierto. Sin embargo puede sorprender algo más que en esta nómina aparezcan también un buen puñado de intelectuales, de artistas o filósofos. Descartes, Hume, Nabokok o Heidegger, son algunos de estos destructores de libros a los que hacemos referencia. El primero por incitar a la quema de libros antiguos, el segundo por animar a suprimir los libros de metafísica, el tercero por quemar *El Quijote* en el Memorial Hall, ante más de 600 alumnos, y el último de los citados, por sacar de su biblioteca libros de Husserl para que sus estudiantes de filosofía los quemaran, son cuatro ejemplos bien claros de cómo la ilustración particular puede perfectamente darse de narices con los valores de la Ilustración (entendida en el sentido kantiano de liberación de los miedos de la ignorancia y superación de la minoría de edad de la



Destrucción de libros en la guerra de Irak.

4. Utilizaremos este término sin distinguir sus formas, a pesar de que algunos como Umberto Eco (en "Desear, poseer y enloquecer") hayan establecido tres categorías de "destrucción de libros": [biblioclastia fundamentalista, biblioclastia por incuria y biblioclastia por interés].

5. BÁEZ, Fernando, *Historia Universal de la destrucción de los libros*, Destino, Barcelona, 2004, p. 23.

especie humana]. Algo que por otra parte se encargaron de desmontar en pleno siglo XX Adorno y Horkheimer en su monumental *Dialéctica*.

De hecho, una de las principales conclusiones de Báez abunda en el argumento anterior: "Tras doce años de estudio, he concluido que cuanto más culto es un pueblo o un hombre, más dispuesto está a eliminar libros bajo la presión de mitos apocalípticos". En definitiva, que la Cultura es hermana, en ocasiones, siamesa, de la Barbarie. Algo que George Steiner ya señalaba hace décadas en alusión al holocausto con una tan sintomática como real imagen: "Nosotros llegamos después. Sabemos que un hombre puede leer a Goethe o a Rilke por la noche, que puede tocar a Bach o Schubert, e ir por la mañana a su trabajo a Auschwitz"<sup>6</sup>. Pese a que todavía subsistan algunos ingenuos fanáticos del Progreso, no está de más recordar, efectivamente, que nosotros llegamos después, después, entre otras cosas, de Kafka, o de Celan.

Lo cierto es que, vuelve a aseverar Báez, "la prueba del inicio de la civilización, de la escritura y de los libros, es también la de las primeras destrucciones de los mismos". La prueba es bien visible y sólo necesitamos, en esta etapa de fervor por la conservación del patrimonio, echar un vistazo alrededor y comprobar que las primeras bibliotecas del mundo han desaparecido o están en ruinas y la mayor parte de sus libros han sido



Santo Domingo de Guzmán quemando libros heréticos

destruidos. Porque una cosa, es necesaria tener bien clara para medir las proporciones del desastre: el mundo antiguo es mucho más que la tan justamente celebrada Gran Biblioteca de Alejandría. Multipliquen por diez mil, siendo conservadores, la destrucción de este gran centro del saber, y empezarán a aproximarse al número de conocimientos y maravillas que un día existieron y de las que nunca tendremos constancia. Cada nación o imperio, cada civilización, cada cultura, ha tenido su Nerón, su Shi Huandi, su Augusto<sup>7</sup>, su Savonarola. Y cada poder establecido ha tratado

de erradicar el recuerdo escrito de su predecesor: los autores paganos fueron eliminados en las primeras bibliotecas cristianas, las obras árabes y judías suprimidas de las bibliotecas españolas, y así sucesivamente. Ni que decir tiene que las persecuciones políticas y religiosas encontraron en la censura uno de sus grandes vehículos de represión. "En los credos fundamentalistas —señala Steiner—, ya sean fascistas, coránicos o maoístas, habita un desprecio hacia la letra anárquica y profana. Si un solo volumen sagrado ha recogido y ordenado el sentido de la condición humana, las bibliotecas están de más"<sup>8</sup>. Báez nos ofrece numerosos ejemplos concretos de esta pasión incendiaria ligada a la dictadura del Uno: "En el año 435 y 438 —nos relata<sup>9</sup>—, Teodosio y Valentiniano dirigieron grupos que iban de casa en casa confiscando libros, sobre todo los de la secta nestoriana,

6. STEINER, *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano* (traducción de Miguel Ulterior), Gedisa, Barcelona, 1994, p. 14.

7. El caso de Augusto resulta singular. Mientras que al emperador romano se le atribuye el que Virgilio decidiera no quemar la *Eneida*, fue por otra parte el causante de que miles de obras fuesen destruidas por "razones de Estado".

8. STEINER, George, *Gramáticas de la creación* (trad. De Andoni Alonso y Carmen Galán). Circulo de lectores. Barcelona. 2001, p. 285.

9. BÁEZ, Fernando, *Historia Universal de la destrucción de los libros*, opus cit., p. 96.

condenada por el Concilio de Nicea..." ¿No es la misma imagen que quince siglos más tarde nos describe Bradbury? ¿No es entonces una crónica con los nombres cambiados, más que una predicción, lo que nos muestra *Fahrenheit 451*?

Lejos de resultar un error, o un horror del pasado (*"Nosotros llegamos después..."*) la destrucción de libros camina en paralelo del devenir humano, por lo que no se puede decir que sea una fase superada de nuestra Historia. Pensemos si no, en el horror nazi, que ya se encargó de preconizar el bibliocausto de 1933. La imagen, setenta años después, sigue poniéndonos los pelos de punta.



Grabado alemán que representa la quema de brujos de los siglos XVI y XVII.

Quemar un libro es como dar vivas a la Muerte. Günter Grass tampoco pudo olvidar estas escenas en las que se mezclaban el renacer de un imperio con la limpieza étnica y la pureza de sangre al hacer su particular recorrido histórico y literario al siglo XX: "Sin embargo, no se puede decir que los alumnos nos nos hubiéramos interesado de algún modo por lo que pasó en otro tiempo en nuestra ciudad natal, por ejemplo en el orfanato israelí de Wilhelmspflege. Todos los niños tuvieron que salir al patio. Echaron a un montón todos los libros de texto, los libros de oraciones, hasta los rollos de la Tora, y los quemaron todos. Los niños que, llorando, tuvieron que presenciar todo aquello tenían miedo de que los quemaran también. Pero sólo dejaron sin conocimiento a golpes, concretamente con mazas del gimnasio, al profesor Fritz Samuel"<sup>10</sup>.

Ya lo decía proféticamente el poeta Henrich Heine: "Allí donde queman libros, acaban quemando hombres". Aunque siempre hubiera juicios menos pesimistas. Ante las reacciones que a nivel mundial suscitaron las quemas de libros nazis, Sigmund Freud, sarcástico, salió al paso en respuesta a una periodista considerándolas como un avance en la historia humana: "En la Edad Media ellos me habrían quemado. Ahora se contentan con quemar mis libros"<sup>11</sup>.

En cualquier caso, yo no sé si en parte, por la crudeza de episodios como éste, tan recientes, para muchos, desde niños, la escena más cruel y terrorífica de *El Quijote* es precisamente aquella en la que queman la biblioteca de Alonso Quijano, una obra que, por otra parte, tampoco ha permanecido ajena al furor biblioclasta. En tiempos cercanos, el dictador chileno, Augusto Pinochet, llegó a imponerle el veto por considerar que la novela encerraba una defensa de la desobediencia civil. Delicioso.

Puede, sencillamente, que como afirmara Milton en ese gran manifiesto contra la censura que fue su *Aeropagitica*: "tanto como matar a un hombre es matar un buen libro. Quien mata un hombre mata una criatura razonable, imagen de Dios; pero quien destruye un buen libro, mata la razón misma, mata la imagen de Dios..."

El caso es que algo tiene el fuego, sobre todo a 451 grados fahrenheit, que estremece y provoca una irresistible atracción. O en palabras del capitán Beatty: "¿Qué tiene el fuego que nos parece tan hermoso? No importa qué edad tengamos. Siempre nos atrae [...] Un movimiento perpetuo. Algo que el hombre siempre quiso inventar. O casi el movimiento perpetuo. Si uno lo dejase arder, duraría toda la vida. ¿Qué es el fuego? Un misterio."<sup>12</sup>. Báez indaga en el misterio y nos ofrece una explicación al enigma del capitán de bomberos Beatty: "[el fuego] reduce el espíritu de una obra a materia. Si se quema a un hombre, se reduce a sus cuatro elementos principales (carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno); si se quema el papel la racionalidad intemporal deja de ser racionalidad para convertirse en cenizas."<sup>13</sup>. Lo claro, pues, se vuelve oscuro, lo transparente en opaco, el negro sobre blanco, en negro sobre negro.

10. GRASS, Gunter, *Mi siglo* (traducción de Miguel Sáenz). Alfaguara, Madrid, 1999, p. 159-160.

11. Cit. en BÁEZ, Fernando, *Historia Universal de la destrucción de los libros*, opus cit., p. 223.

12. BRADBURY, Ray, *Fahrenheit 451*, op. cit., p. 138.

13. BÁEZ, Fernando, *Historia Universal de la destrucción de los libros*, opus cit., p. 24.

Hemos visto cómo el fanatismo puede conducir a la destrucción de libros, pero existen otro tipo de quemaduras. Están las que suceden dentro de los propios libros, como en *El Quijote*, ya mencionado, o en *Auto de Fe*, de Elías Canneti, donde el personaje principal es condenado a morir con toda su biblioteca.

Pero también merecen un hueco de excepción lo que podríamos llamar "incendios preventivos", aquellos en los que el autor llega o al menos plantea destruir su propia obra. El caso de Virgilio y la *Eneida* es paradigmático, en parte gracias al relato que del episodio nos trazó Hermann Broch en una de las más grandes novelas del siglo XX: *La muerte de Virgilio*.

"...así obligado por la férrea superioridad, obligado por su suavidad, obligado a la sumisión y al deseo de sumisión, obligado a la angustia por la obra que debía serle arrancada, obligado a desear que se le impondría, obligado a la angustia como a la esperanza, obligado a la extinción y a la extinción de sí mismo por amor de la vida, encarcelado y liberado en la grandeza de su pequeñez, consciente-inconscientemente bajo el poder de la totalidad de las voces informemente ansiada, podía al fin atrapar lo sabido hacía mucho, lo sufrido hacía mucho, y se desprendió de él como una expresión minúscula, insuficiente, jamás a la altura de lo inexpresable, con su grandeza de Eones, se le escapó en un aliento, en un suspiro, en un grito:

—¡Quemar la Eneida!"<sup>14</sup>.

En Virgilio la intención de quemar su gran obra deviene del sentimiento de inutilidad que para el escritor cobra su arte. De hecho, a lo largo de toda la novela, pulula obsesivamente esta idea. El arte no sirve para nada. Pero, pese a la íntima verdad que este hecho tiene para Virgilio, la tentación de destruir su obra permanece en estado latente durante las cientos de páginas que contiene el volumen.

Un hecho de gravedad semejante, y no menos legendario, lo registra la literatura moderna con Franz Kafka. Conocido es su deseo de que a su

muerte fuese quemada su obra, petición que afortunadamente para la historia de la literatura desoyó Max Brod. Siempre lúcido, Steiner profundiza en la dialéctica del silencio y la palabra que cruza parte de la mejor literatura de los dos últimos siglos y que Kafka expone del modo más radical. "Kafka conocía la advertencia de Kierkegaard: "Un individuo no puede ayudar ni salvar una época: sólo puede decir que está perdida". Veía la inminencia de la época inhumana y trazó los rasgos de su rostro intolerable. Pero la tentación del silencio y la creencia de que en presencia de ciertas realidades resulta el arte trivial o impertinente tenían también su peso (...) ¿Debería rendirse el poeta? ¿Es todavía posible la voz literaria, que es entre todas las cosas la más humana, en un tiempo en que los hombres son juzgados a escarbar o chillar sus tormentos como escarabajos y ratones? Kafka sabía que en el Principio era la Palabra; y nos pregunta: ¿y en el final?"<sup>15</sup>.

Kafka prefigura no sólo la literatura del futuro sino que encierra como ningún autor el horror ontológico los campos de exterminio nazi. Circunstancia agravada por utilizar, como los *capos* de los campos, el idioma alemán (lo que terminaría marcando la literatura en lengua germana de la segunda mitad de siglo, como demostró hasta llegar al límite un poeta como Paul Celan). En el ámbito hispano esta angustia tensión en torno a la palabra, que llega en ocasiones a no ir más allá de un balbuceo preñado de significado, nos conduce irremediamente a la breve pero intensa obra poética del peruano César Vallejo: "Quiero escribir, pero me sale espuma / quiero decir muchísimo y me atollo..." ("Intensidad y altura").

La destrucción de libros constituye más que una nutrida y deplorable serie de acontecimientos reales, históricos. Ha dado pie, además, no sólo a una abundante bibliografía, sino a una importante producción literaria. Jorge Luis Borges, por ejemplo fue uno de los muchos que a lo largo de los siglos se encargaron de cantar la destrucción de la Gran Biblioteca de Alejandría, "De esta ciudad de libros hizo dueños / a unos ojos sin luz, que sólo pueden / leer en las bibliotecas de los sueños / los insensatos párrafos que ceden / las albas a su afán. En vano el día / les prodiga sus

14. BROCH, Hermann. *La muerte de Virgilio* (traducción de J.M.Ripalda). Alianza Editorial, Madrid, 1998, p.253-254.

15. STEINER, *Lenguaje y silencio. Ensayos sobre la literatura, el lenguaje y lo inhumano*, op. cit. p. 165.

libros infinitos, / arduos como los arduos manuscritos / que perecieron en Alejandría.”.

Más próximo a nosotros en el tiempo, Charles Bukowski quiso versificar en “El incendio de un sueño”, la destrucción de la vieja Biblioteca Pública de Los Ángeles, aquella con que se fue gran parte de su juventud. El poeta evoca en este extenso poema lo que supuso para su vida el contacto con este centro. Puede que él le debiera incluso convertirse en escritor. Más aún:

“...la vieja Biblioteca Pública de Los Ángeles  
muy probablemente evitó  
que me convirtiera en un  
suicida,  
un ladrón  
de bancos, un tipo  
que pega a su mujer,  
un carnicero o  
un motorista de la policía...”<sup>16</sup>

La destrucción de libros, intencionada o accidental se revela como un atentado contra la Cultura, ya que si bien existen libros cuyo valor estético o como vehículo de conocimiento es bastante dudoso, es evidente que nada simboliza mejor la razón humana que la biblioteca. Sin embargo, en el siglo XX muchos pronosticaban la quema de libros sin cerillas —que diría el capitán Beatty—, es decir, el progresivo abandono del libro, de la lectura, que empezaría con la sustitución de la auténtica literatura por una insoportable ver-

borrea, producto de la inflación de palabras que el mismo Steiner ya hace mucho que señaló como propia de nuestro tiempo. Olvidemos del llamado “analfabetismo digital” acuñado por quienes pretenden pasar demasiado rápido de página, trasladándonos de una sociedad de ignorantes a otra hipertecnológica sin pasar por el estado intermedio. Es el “analfabetismo funcional” o “iletrismo” la plaga que ya nos asola. Este tipo de patología es la que sufren ya aquellas personas que “sabiendo leer y escribir, han perdido la práctica de hacerlo hasta el punto de no comprender un texto simple en relación con su vida cotidiana”<sup>17</sup>.

En definitiva, estos sabios digitales, que se observan a través de sus web cams, utilizan el lenguaje “nokia” para fijar la hora de la cena y compran sus accesorios para el coche por Internet, son en realidad unos brutos sofisticados.

Hoy, más aún que las antiguas plagas que destruían y siguen haciéndolo nuestros grandes centros de saber, debe preocuparnos saber distinguir el grano de la paja. Al ritmo en que los avances técnicos se multiplican (y por lo tanto nuestra capacidad para conservar, seleccionar y estudiar), las lenguas desaparecen o se empobrecen, perdiendo terreno

frente a los nuevos lenguajes que impulsan las tecnologías. En paralelo, y mientras ciencias y humanidades siguen ampliando su brecha, la proliferación de publicaciones, en soporte escrito o digital, no cesa, hasta el punto que muy pronto no habrá ser humano que no haya salido en televisión o escrito un libro. La valía de este



Vistas parciales del estado anterior a la obra

16. BUKOWSKI, Charles, 20 poemas (trad. De Celia Ceriani y Txaro Santoro), Mondadori, Madrid, 1998.

17. SÁNCHEZ NORIEGA, José Luis, *Crítica de la seducción mediática. Comunicación y cultura de masas en la opulencia informativa*, Tecnos, Madrid, 1997, p.355.

último, de por sí difícil de establecer, deberá ser calibrada además por equipos de ejecutivos para los que su valor sólo podrá medirse por su rendimiento económico, como producto de cultura, y no como obra de arte, lo que queda para siglos pasados.

En fin, podríamos aplicarte a los libros en general aquellas palabras con las que Sartre

despide su ensayo *¿Qué es la literatura?*: "El hombre puede prescindir de la literatura." Pero, en un esfuerzo por preservar la esperanza ante el sombrío escenario que se extiende ante nosotros, intentaremos no ser tan catastrofistas aferrándonos a la reflexión completa del filósofo francés: "Pero puede prescindir del hombre todavía mejor"<sup>18</sup>. Así sea.



Los anaqueles de las bibliotecas custodian los conocimientos humanos y simbolizan la razón.

18. SARTRE, Jean Paul, *¿Qué es la literatura?* [traducción de Luis Echávarri], en *Escritos sobre literatura*, 1, Alianza/Losada, Madrid, 1985, p. 395.